

1.º de Junio de 1905. Año II. N.º 35.

Servicios de la Benemérita



La mano del artista ha trazado uno de tantos incidentes del penoso servicio de la Guardia civil; uno de los presos de la conducción, el viejo infeliz que tiene en los brazos un niño, no puede continuar la marcha; enfermo, despeado, acaso ruega al cielo que ponga término á sus penas, que atraen la compasiva mirada del guardia, olvidado en aquel momento del malhechor para cuidarse únicamente del hombre que sufre.

Estudios sociológicos.

Caracteres generales de los malhechores españoles.

II

Este procedimiento criminal, que ofrece también algunos de los caracteres del hurto, y que precisa de la audacia del *tomador*, y de la serenidad, golpe de vista y charlatanería del *timador*, y de la ligereza de dedos y habilidad de los *prestidigitadores*, se efectúa casi exclusivamente en los sitios donde se reunen para solazarse ó con otros fines, los aldeanos, los domésticos de ambos sexos, ciertos dependientes de tienda que, por querer *pasarse de listos*, suelen quedarse en *primos*, y no pocos trabajadores y soldados que, alrededor de cantinas y merenderos, y á los acordes tan poco armónicos de los inaguantables pianos callejeros, bailan, comen, gritan, se alcoholizan, con envidia de los *golfos* que pululan y no pierden el tiempo en semejantes reuniones.

Sin las indicadas cualidades y circunstancias, que no siempre se reunen en una misma persona, es difícil y arriesgado, más que por caer en las manos de la justicia, por las contundentes caricias de los concurrentes, el *tirar los ochavos;* pero de todos modos, sirve para apreciar las aptitudes.

Acabamos de indicar que los sitios más á propósito son aquellos donde se reunen aldeanos y gentes del pueblo, cuales las ferias en poblaciones pequeñas, y en Madrid, las Ventas del Espíritu Santo, el Puente de Vallecas, San Antonio de la Florida, las arboledas y praderas próximas del Manzanares, la Fuente de la Teja, etc., etc. Las fases de ella es fácil de comprender.

Para hurtar relojes, carteras, alfileres, bolsillos, etc., necesita el *tomador* de las apreturas, aunque el *tapia* le facilite la operación cuando no hay tales apreturas, pues en sitios despejados, quien se deje robar bien merece el calificativo de *inocente*, de *primo*.

Para *tirar los ochavos* se precisa también grande concurrencia, pero concurrencia especial, pues no sirve cualquiera clase de público.

Ha de ser un público utilizable, adaptado á la naturaleza del delito, compuesto en lo posible de las gentes aludidas, y sobre todo, de aldeanos ó *pardillos*, de esas gentes que se agrupan y contemplan con la boca abierta, embobados, las habilidades de los prestidigitadores ambulantes, ó escuchan los interminables discursos de los expendedores de elixires ó de maravillosos específicos.

Ahora bien, supongamos un lugar á propósito, un público no menos adecuado, y á los *consortes* timadores tomadores, pues se requiere que cuando menos sean dos, y que han sabido elegir sitio y público. Como preliminar ó preparación envuelven una moneda de cobre, y á las dos vueltas ponen otra igual, la cual colocan dentro de varios dobleces. Atan este papel con un solo nudo con la punta de un pañuelo, cuya punta echan sobre la espalda, y sujetan el pañuelo por el otro extremo, que es el que cae delante.

Así dispuesto, y haciéndose el distraído, más aun, el semitonto, el *timador* se introduce en el grupo de gente que su ojo experto le hace elegir, siguiéndole el consorte. Este, que es el verdadero timador-tomador, ó sea el que ha de representar el papel principal, comienza á hacer travesuras, á ejecutar juegos, á llamar la atención de los concurrentes, procurando cautivarles por su buen humor y su genio. En tal forma va acercándose al compañero que lleva el pañuelo y que simula estar, más que distraído, embobado, desata con suma limpieza el nudo á la vista del público, desenvuelve el papel, enseña á los curiosos la primer moneda, sonríe como burlándose del exiguo capital que tan cuidadosamente guarda el supuesto tonto, y vuelve á colocarlo todo en el mismo estado que tenía antes.

Hecho esto, procura entablar conversación con el al parecer desconocido dueño del pañuelo, preguntándole, entre burlón y serio, qué lleva guardado en el mismo. Conforme tienen convenido, y del modo más natural del mundo, le contesta que monedas de plata.

El interrogante replica que no es cierto, pues no lleva sino una miserable moneda de cobre, y siguen así cuestionando hasta hacer una apuesta. Entonces, con el pretexto de que no tiene dinero bastante, el timador se dirige al curioso que *in mente* había escogido, y le pide que se interese en la apuesta por la cantidad que á él le falta. Como el solicitado ha visto las operaciones anteriores, desatar la punta del pañuelo, desenvolver el papel, sacar el *perro chico*, y volver á colocarlo todo conforme estaba, rara vez deja de morder el cebo. El deseo de ganancias suele ser mal consejero y más cuando se creen ciertas por jugar sobre seguro. Esas cualidades rara vez se manifiestan cual adoradores de la moral: entre ella y el lucro optan por éste. Pero aquí el castigo sigue á la culpa.

Es muy frecuente que no sea uno solo el *primo*, sino que otro y otros apuestan también. Delante de los interesados, ó por uno de ellos, es deshecho el nudo del pañuelo y desdoblado el papel, quedando descubierto su contenido. Al verlo creen los *inocentes* que sueñan: en lugar del *perro chico* aparecen dos ó más monedas de plata, á veces mezcladas con alguna de cobre.

En este último caso, menos en uso por ser más difícil y dado á sospechas, el *industrial* ha desplegado toda su habilidad cambiando y colocando bien las monedas. Después se *escurre* cual si al dolor de la pérdida se uniese el dolor de la vergüenza, y el fingido tonto no tarda tampoco en hacerlo por el lado opuesto.

Acaso parezca demasiado fácil de reconocer y poco posible por lo mismo este *timo*, y sin embargo, hay otros más claros y conocidos, cuales los de las *bolitas*, del *portugués*, del *curda*, de la *ful* y de los *entierros*, que se repiten casi á diario.

El que acabamos de referir ha sido menos pregonado, es una especie de juego para los *maestros*, marca una de las etapas de la vía de la maldad, y requiere, como hemos dicho, algo de práctica en el *arte de tomar lo ajeno sin que el dueño se aperciba de la substracción*, y práctica también de los engaños. Pero es menos expuesto y complicado que otros, y por eso lo practican los que no han avanzado mucho en la carrera.

Es también uno de los que más contribuyen á caracterizar á los delincuentes profesionales de nuestro país, puesto que en él, de un modo bastante perceptible, aparecen dibujadas sus principales cualidades.

Manuel Gil Maestre.

(Continuará.)

Timos ingeniosos.

En una de las poblaciones del Norte de la Península, muy concurrida en la estación de verano, y en una de sus calles más céntricas y animadas, existe un magnífico establecimiento, llamado «Relojería Suiza».

Una de las noches, á la hora en que más gente suele discurrir por la referida calle, pasaba por ella un individuo bien portado, con todas las apariencias de un *jándalo* – nombre con que se conoce en aquel país á los que emigran del mismo y traen fortuna de América —, que llevaba un bastón de mucho peso, y que al pasar ante el escaparate de la relojería resbaló y con el bastón rompió uno de los cristales de gran tamaño que formaban el frente de la tienda.

Al ruído que produjo la rotura del cristal, salieron corriendo los dependientes y el dueño de la tienda, y se enteraron en seguida de que el *jándalo* era quien había roto el cristal; circunstancia que éste confesó honradamente, pero alegando que era debido á un accidente meramente causal, por lo que entendía que no le alcanzaba responsabilidad alguna. Pero como el relojero perjudicado no era de la misma opinión, y mediaban ya enérgicas palabras, para no llamar la atención de los transeuntes, que comenzaban á formar corro, invitó el *jándalo* al relojero á pasar á su establecimiento para discutir en buena forma la cuestión. Así lo hicieron, y una vez en el establecimiento, cada cual defendió con verdadero calor su pretendido derecho, y el *jándalo*, que no quería de ninguna manera abonar al relojero las 400 pesetas que éste le reclamaba por la rotura del cristal, se acomodó al fin, después de verse amenazado con acudir á los Tribunales, con abonar 250 pesetas por el daño, aunque protestando siempre del abuso que con él se cometía.

Accedió el relojero, y el *jándalo*, á regañadientes, le entregó para cobrar un billete de Banco de 1.000 pesetas, de entre los varios que llevaba en la cartera. Cobró el relojero sus 250 pesetas y devolvió al *jándalo* 750, que éste recogió, y con ceño airado abandonó el establecimiento sin decir buenas noches.

A los pocos días y al hacer un pago el relojero, le rechazaron por falso el billete de 1.000 pesetas que el *jándalo* le entregó para que se cobrase los vidrios rotos.

* * *

En la indicada población existe un soberbio hotel, donde generalmente se hospedan los individuos que habiendo emigrado muy jóvenes, regresan de América con grandes capitales. Se hospedaba en el piso principal del referido hotel, y en suntuosa habitación, uno de esos indianos cargados de dinero, que había labrado su fortuna en uno de los pueblos más recónditos de la República Mejicana, y que esperaba el despacho de algunos asuntos en la capital de la provincia, para dirigirse á su pueblo natal, cuando al comer una noche en la mesa redonda, le tocó á su derecha un joven muy simpático y elegantemente vestido, de buenas maneras y agradable conversación, que se decía hijo de un respetable comerciante de población limítrofe, y que encantó al indiano; trabándose entre los dos amistad verdadera, en términos que, á los pocos días, habían recorrido juntos y visto todo lo más agradable que la población encerraba.

Estaban terminando la comida una noche, cuando el joven simpático recibió un telegrama para que sin perder momento se constituyera en la capital de otra provincia muy fabril, para ultimar un asunto pendiente; y manifestó al indiano su contrariedad por tener que ausentarse, pero suplicándole que le guardase en depósito una cantidad que tenía en oro en su habitación, situada en el piso tercero del hotel; y aunque el indiano se negó en principio á aceptar el encargo, se vió precisado á ello ante la insistencia de su amigo, quien, en efecto, entregó al indiano un saquito conteniendo no pequeña cantidad de monedas de oro, que vació en presencia de aquél, saliendo en la misma noche para su destino.

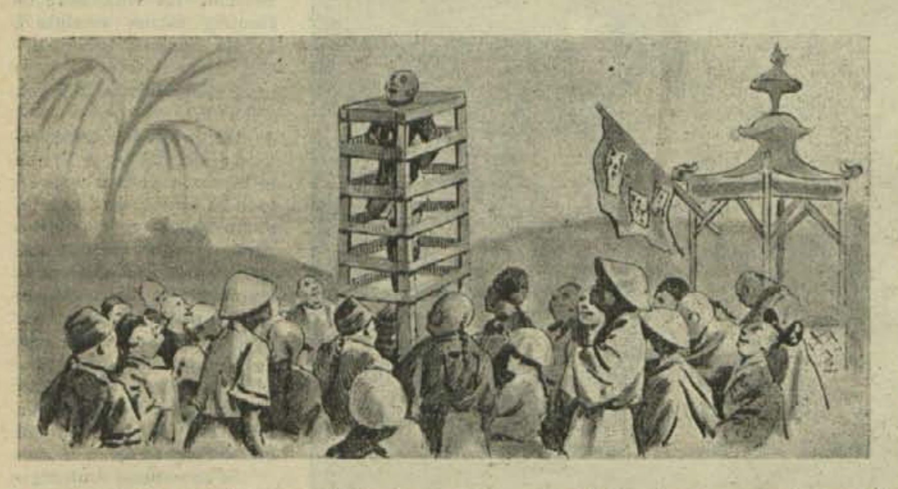
Estuvo ausente varios días, y á la hora de la comida se presentó nuestro joven en el hotel y pasó á saludar al indiano, quien inmediatamente le entregó el saquito con el oro. Subió el joven á su cuarto del piso tercero, y como la campana anunciaba que era llegada la hora de comer, bajó inmediatamente al comedor, y al terminar la comida le invitó el indiano

á pasar á su cuarto para proveerse de vegueros y lanzarse en pos de aventuras. Salían de la habitación cuando se presentó un joven, al parecer dependiente de comercio, con una carta, que entregó, después de saludarle, al amigo del indiano, quien expresó al dependiente la contrariedad que le causaba subir á su cuarto para entregarle la cantidad, porque tenía que hacerlo en oro, única moneda que poseía en aquel entonces; y al enterarse el indiano de la conversación interrogó á su amigo, quien le dijo que necesitaba entregar al dependiente 4.000 pesetas, que sólo las tenía en oro, del que no quería deshacerse; por lo cual el indiano inmediatamente le entregó en billetes la cantidad expresada. Aquella noche desapareció del hotel el joven simpático, y el indiano da gracias á Dios de que el timo para él fuese de menor cuantía.

MUSEO DE HORRORES

Suplicios chinos y egipcios

Más acertadamente creemos llamar á China *Museo de suplicios* en vez de *Jardín de suplicios*, como un historiador la calificó; porque además de los crueles y caprichosos tormentos que cada mandarín por sí inventa y manda aplicar á los desgraciados que son acusados de alguna falta fantástica ó real, está aquel Código del Celeste Imperio cuajado materialmente de torturas para aplicar á los reos; es de admirar la variedad y rarezas de aquéllas, todas bajo la base de la más refinada barbarie, que acusa un verdadero derroche de imaginación, bien mal empleada por cierto.



Hace poco tiempo, en la comarca de Sang hai ejecutaron á un bandolero que, aunque célebre en su *profesión*, nunca se distinguió por sanguinario, pues únicamente era admirado por su extremada sagacidad y audacia, no sacando partido jamás de estas cualidades, porque se contentaba con apoderarse de lo que imperiosamente necesitaba para su sustento, sin que dominara en él ese espíritu ambicioso, innato en todo criminal, que le lleva hasta el derramamiento de sangre. No obstante, diéronle la muerte más cruel que puede crear la imaginación del hombre más perverso.

Encerráronle en una de esas jaulas que ellos construyen para los detenidos por faltas, de la que únicamente emergía la cabeza, teniendo aprisionado el cuello en la tapa que hacía de *kanga*, y de esta manera se le abandonó á la muerte sin darle de comer ni beber. Bajo sus pies, constituyendo pedestal, habíase colocado una pila de unos ocho ó diez ladrillos y cada veinticuatro horas le quitaban uno, con lo que resultaba que, faltándole paulatinamente apoyo en los pies, sobrevenía la estrangulación, que, con el hambre, producía al desgraciado la agonía más espantosa. Acosado por ambos tormentos, murió aquel infeliz rodeado de una multitud soez, que se renovaba continuamente, gozándose en las gesticulaciones que hacía y gemidos que exhalaba aquel condenado en sus últimos momentos.

* * *

Más horroroso aún que el anterior suplicio era el que se empleaba en Egipto en tiempos de los mamelucos, al que llamaban el *chumgat*.

Para aplicarlo se disponía de una caballería aparejada con una albarda, sobre la que se colocaba, fuertemente sujeto, un recipiente de barro cocido, lleno de pez y estopa, sobre el que, y á viva fuerza, hacían sentar al desgraciado reo, amarrándole fuertemente de pies y manos y sujetándole al recipiente por medio de cinco cadenas que partían de un pesado collar de hierro que le colocaban alrededor del cuello. Impregnábanle todo el traje con una substancia resinosa y le embadurnaban el rostro con pez. Todo así dispuesto y á una señal dada, los verdugos prendían fuego á la estopa, y dejando en libertad al cuadrúpedo, recorría éste todas las calles y plazas de la población, envuelto en llamas abrasadoras, regocijándose el bárbaro populacho al contemplar aquella horripilante hoguera humana, que, en lo terrorífica, superaba en mucho á aquellos tristemente célebres *autos de fe* que de la Inquisición nos describen.



La última víctima que sufrió tan espeluznante suplicio, dicen que fué una mujer llamada Djindyah, acusada de haber perpetrado varios asesinatos.—*X.*

Evasiones célebres

El barón de Trenk.—Historia que parece cuento.

Aún no ha pasado un siglo y la vida de este gran develador de cárceles parece una fantasía más bien que una realidad.

Paje favorito de Federico el Grande, cayó el joven Federico de Trenk de la gracia del rey, por haber éste averiguado ó sospechado que tenía relaciones amorosas con su hermana la princesa Amalia. Los amores en las alturas suelen atraer el rayo. Federico disimuló por largo tiempo su resentimiento, aunque no sin hacer probar al atrevido joven con mucha frecuencia los lazos de hierro de la disciplina. Una carta imprudente de Trenk á su primo, el jefe de los Panduros de María Teresa, con quien Prusia estaba en guerra, le dió al rey ocasión de desahogar su enojo.

Acusado el joven de complot y de connivencia con los enemigos de Prusia, fué encerrado en la fortaleza de Glatz. Contaba apenas veinte años cuando cayó en esta sima sombría, donde debía arrastrar su juventud.



Y aquí empieza la lucha más valerosa y extraordinaria de un hombre solo y desnudo, contra las rejas, las puertas, los candados, las murallas y los pozos y contra carceleros y vigilantes más inexorables que los dragones de la fábula; lucha superior á los trabajos de Hércules, porque éste al menos tenía su maza y disfrutaba de su fuerza y libertad, mientras que el cautivo encerrado entre cuatro paredes, debía con un clavo viejo ó con un muelle de su reloj oculto bajo sus uñas, deshacer el granito y roer el hierro.

La vez primera, Trenk, provisto de un cortaplumas al cual había puesto dientes, serró tres enormes barrotes de hierro de su prisión, cortó en tiras su maleta, con la cual hizo una cuerda, añadiendo las sábanas de su cama y se descolgó por una ventana elevada á 15 brazas del nivel del suelo. Pero una vez en tierra, se hundió en los pantanos que rodeaban la prisión; fué embarrancándose cada vez más en el fango, el cual le llegaba ya á los labios y se vió obligado á llamar al centinela en su socorro. Se le volvió á la prisión y se redobló con él la vigilancia.

Ocho días después de esta escapatoria arrancó la espada al comandante que le visitaba, se lanzó á la puerta, derribó al centinela, se abrió paso por medio de los soldados del puesto, que acudieron para sujetarle, hirió á cuatro, escaló la muralla y se precipitó en el foso levantándose sin ninguna contusión. Pero al huir se enredó un pie en la empalizada de un camino cubierto y se le volvió á la prisión acribillado á bayonetazos y medio muerto.

Apenas curado, Trenk medita nueva evasión. La idea fija, que tiene á veces la virtud de la fe, puede sólo explicar tales prodigios de paciencia y voluntad. Esta vez tuvo un compañero. Ambos, después de haberlo deliberado, un día, estando de paseo, se precipitaron de lo alto de la muralla. Su compañero se dislocó un pie; pero Trenk, que ocultaba el vigor de Sansón bajo las apariencias de un colegial, le cogió y le echó sobre las espaldas, corriendo así durante un cuarto de hora; atravesó el río Neiss con el agua á la cintura; reinaba espesa niebla; ganó la orilla opuesta; vino la noche, noche de tempestad y de nieve, gira en torno de una montaña y á la mañana ¡desengaño terrible!

Cuando se creía muy lejos, oye sonar las cuatro en el reloj de la sombría fortaleza. No le abandona, sin embargo, el valor; arrebata dos caballos á un campesino poniéndole una pistola al pecho, procura Dios sabe cómo y dónde, emprende un galope furioso y llega al fin sano y salvo á las fronteras de Bohemia.

Pero ocho años después, Trenk comete la imprudencia de ir á Dantrig á recoger la herencia de sus padres. Federico no le había perdido de vista durante esta larga tregua. Poco acostumbrado á ver burlada su autoridad, hacía vigilar al imprudente joven y no desperdició la ocasión. La villa libre de Dantrig estaba vendida á Prusia. Sus magistrados entregaron á su huésped y 30 húsares condujeron á Trenk á Berlín.

Desde allí fué transportado á Magdeburgo, donde le esperaba el calabozo en todo su horror. Era éste un nicho abierto en una casamata, cerrado por tres puertas, y en la cual entraba la luz por un agujero abierto en la bóveda de un espesor de siete pies y con triple reja de hierro.

Esta prisión atroz fué para Trenk lo que la famosa torre del Hambre para el conde Hugolino.

Se le sometió á un régimen que le tenía perpetuamente atormentado por el hambre. Libra y media de pan de munición averiado y un cántaro de agua constituían su alimento. Hasta entonces no había tenido más que la audacia de la evasión; pero esta vez se desarrolló en él el genio, en medio de los horrores de la soledad y de la inanición; este genio, compuesto de la paciencia de las hormigas, de la fuerza sorda de los topos, del trabajo silencioso de los gusanos, dotado con todas las potencias concentradas del espíritu humano, llegó á unir al instinto de la fiera la paciencia del insecto.

Trenk arranca algunos hierros de la puerta, y frotando contra la piedra fabrica instrumentos con los cuales abre un agujero en el muro. Por medio de mil pacientes ardides, escamotea de la vista de sus carceleros los escombros de esta demolición clandestina. Primero los reduce á polvo y los pisotea sobre el suelo, después los arroja por la claraboya de su prisión, casi grano á grano. Al cabo de seis meses de trabajo, la gruesa pared queda atravesada y el camino abierto.

Una traición se lo volvió á cerrar.

Advertido el rey filósofo, vino en persona á Magdeburgo á ordenar para su cautivo, no una prisión, sino un sepulcro. El autor del Anti Maquiavelo, como los tiranuelos italianos de la Edad Media, quiso él mismo arreglar los detalles del suplicio, haciendo el plano del calabozo y trazando la forma de las cadenas. Trenk fué trasladado á una nueva prisión.

Era ésta un monstruoso amasijo de hierro y piedra. Cuatro puertas más pesadas que las losas de los sepulcros, muros capaces de burlarse de los ataques de la artillería, una ventana erizada de hierros, que no dejaba llegar al infeliz prisionero más que un débil rayo de luz... ¡aquello era horrible! Trenk se encuentra allí en las tinieblas, emparedado, sepultado, olvidado del mundo, con los pies ligados por una argolla sujeta á la pared, las manos con esposas, ceñido el cuerpo con una banda de hierro de la que pende una cadena soldada también al muro. Ni el más leve rumor humano que llega á sus oídos, ni la más débil luz ilumina sus ojos.

Para demostrarle que era un ser irrevocablemente segregado del mundo, se hizo abrir á sus plantas la tumba en que debía ser enterrado, con la inscripción que contenía su nombre, y encima una calavera y dos huesos cruzados. El terrible Ezzelino habiera envidiado esta decoración al rey filósofo. Por esta vez, el pensar en la evasión era locura; más fácil le sería á un hombre enterrado vivo hacer saltar su ataud y arrancar con las uñas la tierra de su sepultura. Trenk, sin embargo, apenas inhumado, medita sobre su resurrección. Su primera obra fué irse poco á poco libertando de los hierros que le sujetaban; el hierro se pliega y se retuerce por sus fuerzas atléticas. Armado de un cuchillo que había podido escamotear á sus carceleros, forzó las cadenas de las tres primeras puertas; á la tercera el cuchillo se rompió, y por primera vez se dejó vencer y se rindió al desaliento. No se violentan dos veces las puertas del infierno. Con el fragmento de hoja que le queda se abre las venas á la romana y se acuesta para morir en un charco de sangre. Pero el instinto de la conservación le saca de su letargo, se reanima y decide hacer de su prisión una fortaleza, en la que morirá como soldado si sus guardias no parlamentan.

Demolió con sus cadenas un banco de madera y otros objetos que amueblaban su calabozo y construyó con varios enseres una barricada, detrás de la cual se parapetó con unas piedras, una de éstas en una mano, y en la otra el cuchillo roto. Al día siguiente, los guardianes retrocedieron ante este fantasma ensangrentado y amenazador. Un granadero intenta el asalto, pero cae herido por una pedrada en la frente. El comandante llega y consiente en capitular, prometiendo al prisionero el perdón de su tentativa, en vista de lo cual Trenk entrega su prisión, como un jefe sitiado entrega su fortaleza.

Viendo que la salida por las puertas no era posible, Trenk intenta salir por debajo de tierra. Con el trabajo de algunos días, levantó las losas de su prisión y se abrió un camino por la arena, sobre la cual estaba construído el edificio. Sorprendido de nuevo, se le castiga cruelmente. Gobernaba la plaza un nuevo comandante, de corazón duro é implacable, el cual trató todavía más duramente al prisionero, haciéndole pasar por toda clase de torturas y privaciones. Pero el hambre, la desnudez, el frío, le abrumaban sin abatirle; el agua que se filtraba por la bóveda caía sobre sus carnes como sobre el bronce de una estatua.

Otro comandante menos cruel dulcificó su situación, y ya entonces volvió á su idea fija y practicó bajo sus plantas una galería de 37 pies, que comunicaba con los subterráneos de la fortaleza.

Concluído su trabajo, le vino la idea de poner á prueba la generosidad del gran Federico. Propuso al gobernador que hiciera visitar su cárcel y doblar las centinelas; luego, fijarle un día y una hora, y en ésta se comprometía á aparecer en plena libertad sobre el glasis exterior de la fortaleza. Se rió de su locura, y entonces, delante de todos sus carceleros, se despojó de sus cadenas como quien se quita una vestidura, entregó sus armas y sus instrumentos, y levantando una losa del suelo descubrió una galería profunda, que parecía abierta por un ingeniero.

La admiración consiguió esta vez lo que no había conseguido la piedad. Federico el Grande le otorgó su gracia, y el Barón de Trenk salió de la prisión después de diez años de cautividad.

Pero Trenk era también filósofo.

El destino, que era también su divinidad, no le soltó sino para volverlo á tomar. Veinte años más tarde subió al último cadalso levantado en París por el Terror, y murió guillotinado en compañía de Roucher y Andrés Chenier.

S. Losada.

Magistrados venales.—Se han descubierto graves abusos é irregularidades por parte de jueces de instrucción y de empleados de Cancillería en el Tribunal de Roma. Según aseguran los periódicos, parece que un hermano de un preso habiendo acudido á un juez de instrucción para que concediese libertad provisional á favor del detenido, lo consiguió pagando 50 liras á título de recompensa. La cosa llegó á oídas del ministro de Justicia, el cual, indignado, suspendió del empleo al *corruptible* juez, haciéndole arrestar y ordenando al procurador general del rey que realizara severas y minuciosas investigaciones en las oficinas de los jueces de instrucción y cancilleres de Roma.

El procurador del rey cumplió el encargo y, desgraciadamente, éste tuvo por resultado el arresto de otro juez y de tres cancilleres acusados de corrupción. En todas partes cuecen habas.

El suicidio y la civilización.—El suicidio va creciendo en proporciones alarmantes á medida que la civilización aumenta.

Por cada millón de habitantes, ¿cuántos suicidios se registran anualmente en las diversas naciones?

Una estadística de Mayo Smith responde con las siguientes cifras:

Sajonia, 340; Dinamarca, 253; Francia, 218; Prusia, 197; Austria, 159; Bélgica, 122; Suiza, 119; Baviera, 118; Inglaterra, 80; Noruega, 66; Holanda, 58; Escocia, 56; Italia, 52; Rusia, 27; Irlanda, 24; y España, 17.

Alegrémonos. En esto de los suicidios llevamos la mejor parte; pero no le agradecemos mucho la noticia al Sr. Smith, porque atribuye mayor número de suicidas á más civilización.

Si ello es cierto, la inversa no nos favorece gran cosa.

La Benemérita en Canarias

Captura de monederos falsos

Donde quiera que existe la Guardia civil, da muestras de su saludable influjo, de su eficaz represión del delito.

Activa, inteligente, perspicaz, no solamente es el fiel y abnegado centinela de la propiedad, es el despierto vigilante que acecha y descubre el delito.

Recuérdese el reciente y misterioso robo de la colegiata de Santillana y la destreza con que las alhajas fueron recuperadas; hojéense los servicios del benemérito Instituto y el más recalcitrante se convencerá de que sin la Guardia civil no sería posible la vida en España.

El servicio que acaba de prestar la fuerza de Arrecife (Canarias), demuestra cuán necesaria y útil es la Benemérita en aquellas islas.

El sargento D. Antonio Martínez tenía noticias de que en el comercio de Arrecife se veían algunas monedas de plata falsas.

En vista de este indicio de delito practicó averiguaciones para venir en conocimiento de su procedencia, y habiendo sabido por el señor Administrador de correos de que el día 14 del pasado recibió un tal José Reyes, sujeto de malos antecedentes, un paquete postal procedente de Barcelona, pidió y obtuvo del señor juez de instrucción auto para registrarle la casa, en cuyo registro se le ocuparon 124 pesetas en monedas de una, dos y cinco, todas falsas, recogiéndole también 37 pesetas en calderilla que ya había cambiado, así como dos cartas relacionadas con el hecho, firmadas por un tal José Planas, en las que le dice al Reyes que la correspondencia la dirija á nombre de Miguel Pinell, para Pepe, pase de Cementerio antiguo, número 101, peluquería y café «Barcelona», Pueblo Nuevo.



Sargento: Antonio Martínez.—*Cabo:* Antonio Onteniente.
Guardias segundos: Ildefonso Martínez, Félix González, Blas Bellisco y Vicente Plaza.

Entre el comercio se logró recoger 42 pesetas de las que el Reyes había cambiado.

Este sujeto en un principio negaba su delito; pero estrechado con las preguntas, confesó hallarse en inteligencia con el Planas y que éste en el mes de Octubre le había mandado 300 pesetas además del paquete recibido el 14, que contenía 45 duros, por todo lo cual fué detenido y puesto á disposición del señor juez de instrucción, juntamente con el atestado instruído con este motivo y dinero y cartas ocupados.

En la práctica de este servicio ha tomado parte toda la fuerza del puesto, compuesta del sargento Antonio Martínez, del cabo Antonio Onteniente y de los guardias de segunda Ildefonso Martínez, Félix González, Blas Bellisco y Vicente Plaza.

El celoso sargento D. Antonio Martínez no se limitó á practicar el servicio, sino que se puso en comunicación con la Guardia civil de Barcelona, la que después de laboriosas pesquisas ha preso al *Planas*, que ahora resulta llamarse Manuel Sol. Es un pájaro de cuenta que venía hace tiempo burlando á las autoridades.

El servicio prestado por el sargento Martínez y fuerza á sus órdenes es de suma importancia, no sólo por el delito en sí, que tantos trastornos podía haber ocasionado al comercio canario, sino por la calidad de los sujetos en él comprometidos, habiéndose hecho acreedores, clases y guardias, á una señalada recompensa.

El gobierno debe apreciar en su justa medida los relevantes servicios de la Guardia civil y premiarlos con la prodigalidad con que son remunerados en el extranjero

Nuestros plácemes á la fuerza de la Guardia civil de Arrecife.

Criminal detenido

El día 3 del pasado tuvo noticias el sargento D. Francisco Pequero Bravo, de que en los montes del Estado denominados «Cerros del Pozo», de la demarcación de Pozo-Alcón, se había presentado un criminal que tenía aterrorizados á los colonos y cortijeros residentes en dichos terrenos, exigiéndoles cantidades de dinero con amenazas. Inmediatamente y con la fuerza del mismo compuesta de los guardias segundos Francisco Céspedes Molina, Alfonso Cuadros Cárcales, José Jodar Sánchez y Emilio Alcaraz García, salió para los indicados montes, y recorridos los sitios más sospechosos, dió por resultado, como á las dos de la madrugada del día 5, la detención del referido criminal en un cortijo colindante con esta demarcación, situado en el terreno de Cazorla, el cual fué sorprendido sentado en una

silla y manifestó no se le hiciera nada que él se entregaba. Interrogado convenientemente, dijo llamarse Pedro Expósito Povedas, de treinta y dos años de edad, natural de Ubeda, soltero y oficio arriero; confesándose autor de los delitos siguientes: que hace como tres años se fugó de la cárcel de Cazorla en unión de otro sujeto llamado Sebastián Pérez Sánchez y que con éste y otro que se encontró, fugado también de un penal, estuvieron los tres, armados con escopetas, exigiendo cantidades á los propietarios en dichos montes; que el año pasado y con otro criminal llamado Manuel, estuvo también desde el mes de mayo á primeros de agosto haciendo igual operación en el mismo punto y en la misma forma; y que ahora, con motivo de haber ocurrido en el carnaval pasado un robo y asesinato en la puebla de Don Fadrique (Granada) y perseguido por las autoridades, por haber estado el día que se cometió este delito en unión de los autores, que dice fueron capturados, determinó volver otra vez á fin de exigir algunas cantidades y que le proveyeran de una cédula personal para con esto marcharse á la provincia de Córdoba ó á la Mancha, habiendo ya convenido con varios propietarios para que estas cantidades y la cédula se las entregasen á los cuatro ó cinco días, lo que no pudo verificarse por haber sido detenido antes que este plazo se cumpliera. También recomendamos á las autoridades esta importante captura.



La tragedia brutal y airada que ha hecho durante esta última quincena una desastrosa *tourné* por España toda, ha dado en Madrid una nota sensacional y aguda con el parricidio y suicidio de la calle del Barquillo. La diaria querella que va emponzoñando el alma, poco á poco, desborda en un momento dado la copa del odio, que armó la mano del marido, primero para matar á la esposa, para darse muerte después.

Prescindamos del terrible cuadro que nos ha descrito el minucioso reporterismo: el modesto hogar regado de sangre; los cadáveres en trágicas actitudes; los pobres huerfanitos —las verdaderas victimas—, testigos de aquel cuadro de horror.

No entramos tampoco á dilucidar si fueron los celos del marido ú otra causa cualquiera, la determinante del crimen; ni carguemos en la cuenta de la calumniada Primavera estos dos cadáveres que vienen á aumentar la lista de los crímenes pasionales.

Nada hemos de decir hoy contra el jurado, porque en en este caso nada tiene que hacer ni que entender la humana justicia. Pero sí tomamos nota del trágico suceso para protestar una vez más de una falsa concepción que fatalmente acarrea estos dramas. La inferioridad social de la mujer respecto de hombre, las ilimitadas prerrogativas del marido que puede hacer cuanto le venga en gana, en tanto que su compañera nada puede permitirse; en fin, la irritante desigualdad que un Código más justo y más humano debe hacer desaparecer, dan lugar á la esclavitud de la esposa, al derecho á su vida.

Y ahora precisamente que los abogados franceses acaban de declarar que el marido no tiene derecho á abrir la correspondencia dirigida á su mujer, en España se asesina vilmente á la cónyuge por celos de un antiguo novio, por una fantasmagoría de una exaltada imaginación.

Diccionario del caló

Lenguaje de los criminales

(Continuación).

Caló.	Castellano.
Chalorgar	Altar.
Chugarrú	Alano.
Chirijé	Albaricoque.
Chejaró	Alcaide de la cárcel.
Chuchuquelar	Alcázar.
Chiserá	Alhaja.
Chiporró	Aliento.
Chinel	Alguacil.
Chanacarar	Anunciar.
Chucarrí	Angustia.
Chuquis	Anillos.
Chaltrar	Aporrear.
Chifrunó	Aparcero.
Chifrumia	Aparcería.
Chiprar	Asomar.
Chinoria	Bajeza.
Chon	Barba.
Chumendo	Beso.
Chumendar	Besar.
Chajurí	Becerra.
Chichí	Cara.
Cholaroné	Cazador.
Cholé	Caza.
Chunté	Ceuta.
Chinorré	Chico.
Chindé	Ciego.
Charó	Cielo.
Chanería	Ciencia.
Chubaló	Cigarro.
Chinar	Cortar.
Chirdé	Corte.
Chinoró	Criatura.

Caló.	Castellano.
Churi	Cuchillo.
Chivarar	Curar.
Chota	Delator.
Chivato	Denunciador.
Chivel	Día.
Chandes	Doctores.
Chirija	Doctrina.
Chongí	Enaguas.
Chismar	Escupir.
Chismaraló	Escupidor.
Chanisperó	Espíritu.
Chandí	Feria.
Chorré	Feo.
Chapescañí	Fuga
Chimuclanó	Gloria.
Chinobaró	Gobernador.
Chirló	Golpe.
Chulló	Gordo.
Chirivito	Grillo.
Chamullar	Hablar.
Chumiajá	Hebilla.
Chinas	Herido de cara.
Chinarelar	Herir.
Chave	Higo.
Chavál	Hijo.
Chavorí	Hija.
Chasavó	Hígado.
Chapescar	Huir.
Chorar	Hurtar.
Chaomó	Invierno.
Chancleria	Inteligencia.
Chanaor	Inteligente.

Caló.	Castellano.
Chorí	Ladrón.
Cheripi	Leche.
Chimutre	Luna.
Chorri	Mala.
Cherdí	Mantilla.
Chorrigañó	Malagueño.
Chinday	Madre.
Churinador	Matador.
Chibelar	Meter.
Chibelao	Metido.
Chijairí	Mina.
Chalavear	Mover.
Chimulagia	Muela.
Chusmiá	Muchedumbre.
Chiringa	Naranja.
Chapaletear	Nadar.
Chai	Niña.
Chanorgar	Olvidar.
Chanorgo	Olvido.
Chasar	Pasar.
Chirricló	Pájaro.
Chindar	Parir.
Chindear	Patear.
Chindo	Parto.
Chinorró	Pequeño.
Chicarela	Pelea.
Chicarrelar	Pelear.
Chuquel	Perro.
Choró	Perverso.
Challas	Pendientes.
Chugao	Piojo.
Chante	Plante.

Caló.	Castellano.
Charó	Plato.
Chorreza	Pobreza.
Chitar	Poner.
Choror	Pobre.
Chivandar	Postrar.
Chim	Provincia.
Chocoronar	Remediar.
Chocono	Remedio.
Chingarar	Reñir.
Chingao	Reñido.
Chinga	Riña.
Chorar	Robar.
Chanché	Rodilla.
Chanar	Saber.
Choginda	Saya.
Chotia	Saliva.
Chuchipón	Sebo.
Chepo	Seno.
Chundear	Suceder.
Chundeó	Sucedió.
Chiquen	Tierra.
Chupardelar	Tropezar.
Chipendoi	Verdadera.
Chipé	Verdad.
Chumí	Ver.

D

Caló.	Castellano.
Dicavisor	Acecho.
Duquilar	Adolecer.
Docamble	Adonde quiera.
Dubiar	Adornar.

(Continuará.)

Madrid.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.